

RECAMBIOS.

Mi nombre es Elisabeth Dubois y esta es la historia de cómo me convertí en Recambios.

No sé si mi voz suena entre las paredes blancas que me rodean o es sólo mi mente la que lo escucha. Tampoco estoy segura de si son mis oídos los que reconocen el ventilador de un ordenador o son dos micrófonos los que realizan esa función.

Hace tiempo que perdí la noción de mí misma y ya no distingo lo que es plástico y silicona de lo que es piel. Puede que lo que creo que es mi mano derecha sea en realidad un robot, aquel en el trabajé durante años antes de tener el accidente.

El accidente... Un suspiro sale de mis labios, ¿o se trata de un simple agujero en la máscara que me pusieron para recubrirme el rostro? No sé si han pasado meses o años desde que aquel camión de mudanzas lanzase mi coche contra una pared de piedra de una carretera secundaria. Sólo sé que todo se volvió negro y cuando abrí los ojos no había más que cables y batas blancas. El dolor era insoportable y desde entonces alterno periodos de inconsciencia con breves lapsus de raciocinio.

Antes del suceso que me arrancó la existencia que la inmensa mayoría del mundo considera humana era una ingeniera biomédica que trabajaba para un laboratorio instalado en el subsuelo de París. Las tecnologías más avanzadas y las teorías más controvertidas tenían hueco en él y nunca nadie era juzgado por su trabajo siempre que este tuviera una motivación real, algo que lo hiciese merecer la pena para al menos una persona. Por supuesto, sólo una ínfima parte de la comunidad científica mundial tenía, y tiene, conocimiento de este lugar, pues si de algo estoy realmente segura es de que me encuentro en el mismo lugar que en el que trabajaba diseñando piezas que pudiesen reemplazar partes del cuerpo humano.

Resulta irónico, ¿no? Toda una vida dedicada a algo para aplicar en los demás y soy yo misma la que ha terminado sirviendo de conejillo de indias, pues he visto cómo programaban los microchips encargados de hacer que mis nuevos pómulos respondan según lo que pienso y creen expresiones en mi cara y sé que cada ingeniero que pasa por aquí trae consigo un destornillador para ajustar alguna de las piezas que tiene ahora mi cuerpo.

La puerta se abre con ese sonido que hacen los fuelles, lo que me hace más consciente de que me tienen en una de las salas aisladas. Eso significa que estoy en una de las plantas más profundas y seguras de todo el laboratorio. Una mujer alta, rubia, delgada y con la mirada más decidida que se pueda imaginar se acerca hacia mí tablet en mano. Comprueba los niveles de las bolsas de suero y medicamentos que alimentan las diferentes vías conectadas a mis venas y arterias.

-Presión normal.- Teclea con los dedos en la pantalla táctil de ocho pulgadas. -Oxígeno normal.- Desliza un dedo con cuidado. -Pulsaciones normales.- Pulsa un botón lateral y deja la tablet sobre una mesa que hay junto a la cama que ocupo. -Bien, Elisabeth, hoy vas a ponerte en pie.- No es una petición ni una sugerencia, es una orden. Su voz es

neutra, como su ropa o el peinado que lleva, pero su expresión y la tensión en sus nudillos hacen que cualquier atisbo de dulzura se esfume rápidamente. Diane Léger es la directora del laboratorio y por lo tanto la encargada de supervisar todos y cada uno de los proyectos.

-Venga, no tengo todo el día...- Uno de sus tacones empieza a golpear el suelo y como si se tratase de un impulso eléctrico, siento que debo levantarme. Mentiría si dijera que no me duele, que me resulta fácil o que recuerdo cómo se hacía, sin embargo todo resulta sencillo, juraría que las instrucciones aparecen delante de mis ojos como si se tratase del montaje de un mueble, con esquemas guiados incluidos.

Me incorporo lentamente y dejo que mis piernas, perfectas y brillantes cuelguen unos segundos delante de la cama. Observo mi cuerpo, no tiene ni un rasguño, ni una cicatriz, es perfecto. Alargo un pie y noto el suelo frío pero no me importa, coloco el otro y estiro la espalda al tiempo que la maraña de cables y tubo se recoloca con cada movimiento que hago.

-Muy bien.- Diane se aleja un poco, dejándome espacio, cosa que agradezco bastante, nunca he sido una mujer demasiado dada a las distancias cortas. -Camina, despacio. Venga.- La obedezco, doy un paso detrás de otro, con cuidado, parece sencillo, las instrucciones avanzan con cada paso y me voy sintiendo más segura. Juraría que hasta he sonreído un par de veces.

Miro a Diane y le tiendo una mano, al girarla para saludarla me doy cuenta de que tengo una marca en la muñeca, se trata del símbolo del laboratorio, está grabado en mi piel, o en lo que hace las veces de mi piel. -¿Q-qué es esto?- No es mi voz, aunque suena muy similar, tiene un deje metálico y la ese suena algo extraña.

-Todos nuestros productos deben llevar un identificativo, Elisabeth, ¿lo recuerdas?- La palabra producto se queda grabada en mi interior y de pronto todo me da vueltas. ¿Producto? ¿En eso me he convertido? ¿Ahora soy algo que vender? ¿Un androide? Siento el suelo en la mejilla y me doy cuenta de que me he caído.

-El prototipo se está sobrecalentando, procedo a desconectarlo para poder estudiar lo ocurrido y repararlo.- Diane habla por su teléfono móvil y a los pocos segundos alguien más entra en la habitación.

-¿Qué le has dicho esta vez a Recambios, Diane?- Se trata de un hombre que no reconozco.

-Te he dicho mil veces que no la llares así, se trata del proyecto más importante de los últimos años.- Veo los zapatos de Diane.

-Venga, desenchufa, he encontrado una pieza que le irá bien.-

Y de nuevo oscuridad.